genes y otros griegos se consagraron al misticismo, pero todos distinguieron los consejos de los preceptos.

Tal es la literatura cristiana de los primeros tiempos, cuyo norte es la caridad; en toda ella, aun en los libros apócrifos, brilla este signo místico y el amor á los hombres, y esa ternura afectuosa, hija del Evangelio, es el sello que los distingue de la literatura clásica gentil, sello que se imprimió en todas las obras de los cristianos, y que reflejando en las artes vino en su auxilio para iluminar los artistas; la literatura les prestó tipos; las pinturas y esculturas se sacaron de los libros, que suministraron ideas á los pintores y escultores, para perfeccionar sus obras como lo veremos; la caridad pues y el amor á los hombres, preceptuado en el Evangelio, dieron impulso á las artes como se lo habian dado á la literatura, y así la literatura y las artes debieron su nuevo impulso al cristianismo.

Segun la caridad, el hombre no debia esplotar al hombre, y por lo mismo se vió en el caso de esplotar la naturaleza, siguiéndose de aquí el progreso en la industria, la agricultura y las artes; y como el cristianismo no limitaba sus privilegios á ninguna familia, tribu, ni nacion, sino que estendia á todos sus derechos, todos tuvieron que contribuir á la prosperidad social, resultando así de este concurso de las ciencias, literatura y artes,

que animaba la nueva iglesia la civilizacion del mundo, que bajo su influencia se rejuveneció. El que solo considere en las artes las formas no verá en ellas el influjo del cristianismo, pero el que considere su espíritu, no podrá menos de verlas en el camino progresivo en que la religion cristiana las puso, renovando el arte como habia renovado todas las demas cosas. En la antigüedad el arte estaba dedicado á la materia y á los sentidos, á reproducir el ídolo ó el monarca identificado así con el Dios, y este uso no pudo menos de horrorizar á los cristianos. Sin embargo, desde su orígen se les ve cultivando las artes, adornando los sepulcros con esculturas en hueco que representan palmas, corazones, triángulos, viñas, peces, cruces, el monograma de Cristo y el nombre del difunto; primero se trazaron con el cincel, luego se llenaban los huecos con minio para indicar el triunfo, no del cuerpo, sino del alma; no de orgullosos guerreros, sino de humildes gentes que alcanzaron más alta, más sublime victoria.

Obligados los cristianos á buscar su seguridad en el olvido y la oscuridad, hicieron de las catacumbas el punto de su reunion y el sepulcro de sus hermanos; estos subterráneos eran su único templo, y aquellas oscuras galerías fueron veneradas como teatro de piadosas ceremonias, en las que honrando la memoria de los muertos se preparaban á seguirlos, y los fieles pedian ser sepul-

tados al lado de los santos para ser partícipes de su gloria: allí con este motivo se refugió el arte, y allí es donde nos suministra monumentos que atestiguan su estado. El famoso museo del Vaticano se compone de objetos estraidos de estos subterráneos, que en su mayor parte son anaglifos, con algunos bajorelieves y muchos mosaicos. En los anillos llevaban los cristianos por sello la paloma, el pez, la barca con vela, el buen Pastor, S. Pedro con el gallo, el candelabro con los siete sellos, el *oranos*, esto es, una figura humana de pié vueltos los ojos al cielo, y estendidas las manos.

Tambien tenian varias esculturas alegóricas y geroglíficas, entre las cuales ocupaba el primer lugar la cruz, al principio griega, y despues en el siglo III cuando se la puso el crucifijo prolongado latina. Habia ademas otros como la mano para indicar al Padre, el pez y mas generalmente el cordero para manifestar la segunda persona, y el Espíritu Santo figurado en una paloma. Otros signos señalaban el tránsito de la iniciacion de los cultos antiguos á la realidad y á la historia. Tambien hay imágenes históricas sacadas del Testamento, de los autores paganos, y de la sabiduría tradicional; á esta clase pertenecen el buen Pastor, el Orfeo considerado como el profeta de verdades reveladas, las sibilas, las musas y las escenas de las vendimias, que representaban para el

piadoso artista una vida madura, que puede espresar un jugo espiritual. La serpiente, atributo de Higia y de Esculapio para los griegos, que la consideraban indicio de salvacion, lo mismo que los hebreos á quienes recordaba la figura de bronce del desierto, fué para los cristianos símbolo del espíritu maligno, y se representó vencida al pié de la cruz, y mas tarde al de la santísima Vírgen. Tambien se le representó por el cuervo, y en la edad media se le dió la figura que hoy tiene de hombre y de bruto.

La fuerza material se significó por el leon, símbolo de Arimanes en los persas, blason del estandarte de Judá, se colocó fuera de las iglesias un cordero ó un niño en las fauces; otras veces, símbolo de la fuerza moral, se le ve sostener la cátedra episcopal ó el cirio Pascual. Para figurar la muerte que los griegos representaban por genios de graciosa tristeza sosteniendo una antorcha caida, introdujeron los gnósticos la figura de esqueleto. Otras veces está sobre un monumento en un carro tirado por leones corriendo á todo escape, pisando montones de cadáveres. Los emblemas de las catacumbas son cifras de Jesucristo, la paloma posando sobre una rama de palmera con una estrella en el pico, ó bebiendo en el cáliz, ciervos sedientos corriendo á la fuente: un gallo que anuncia la mañana de la segunda vida: el delfin, símbolo de la emigracion de las almas, el aurora de

la esperanza, un ramo de oliva, dos manos y dos piés enlazados á la cruz, y á veces un corazon. En las esculturas de los primeros tiempos no se encuentra ni el crucifijo ni el cáliz de que mas tarde se hizo salir media hostia, que fué puesta en las manos del desterrado de Patmos con la serpiente, y despues entre dos cirios se adoptó como signo por templarios y sanjuanistas.

De este modo el cristianismo rejuvenecia todo el mundo gentil, y la caridad cristiana inspirando, y la piedad ejecutando reformaron las artes, imprimiendo en ellas ese carácter, distintivo precioso de una religion salvadora, sublime, que en alas de su amor camina al dominio del mundo, no por la fuerza, sino por la persuasion, no arruinando ciudades y sobre cadáveres, sino inspirando horror al incendio, al robo, á la muerte, y preparando el camino que ha de librar á la afligida humanidad del terrible y cruel azote de las guerras, llevando así los pueblos y las naciones á esa unidad perfecta que solo proclama la religion de Jesucristo cuando nos inspira el sentimiento de caridad que nos dice que todos somos hermanos.

El clero, pues, guiado por ese sentimiento de amor á sus hermanos, inspiró á los hombres apego al trabajo, apartándolos del deseo de dominar y esplotar á sus semejantes; y haciéndonos conocer que debemos vivir del sudor de nuestra frente, escitó en nuestros pechos el deseo de sobresa-

lir en las artes, medio el mas honroso de ganar el sustento necesario; santificó el trabajo, haciéndonosle mirar como un medio de conseguir la felicidad eterna, y de este modo sembró en nuestros corazones el deseo de consagrarnos á él, deseo que mas que á nada debe el mundo la perfeccion de las ciencias, la industria, la agricultura y las artes; porque llevando el entusiasmo al alma, la hace concebir y publicar esas obras, cuya sola vista admira, y que por una gradacion progresiva llevan el mundo á su perfeccion social y sacan la civilizacion del caos en que el gentilismo la tenia estacionada, haciéndola tanto mas perfecta cuanto mas perfecto es el fin que la señala. Ya tendremos lugar de ver la constancia con que el clero ha seguido conduciendo al mundo por medio de la caridad, al estado en que hoy se encuentra, y el influjo que ha ejercido en las artes y las ciencias, debido todo á ese amor á los hombres tan encargado en el Evangelio, y que segun S. Pablo, es el principio, el orígen, la ciencia de toda virtud, y por decirlo de una vez, el lema del cristianismo.

Los epitafios fueron en estremo sencillos: *martiri in pace Alexander mortuus non est, sed vivit* y otros semejantes, en los cuales las palabras santo, inocente, dulcísimo, atestiguan el afecto, y mas á menudo el *in pace* esplica esa confianza religiosa, que hace menos tristes las tumbas. Allí están con

frecuencia representadas las parábolas del Evangelio, las del Apocalipsis, el libro de los siete sellos, los cuatro ángeles de los cuatro vientos, los veinticuatro ancianos, la balanza, la mujer perseguida por el dragon. El genio griego estendió estos emblemas, y se vió á Jesucristo en el traje de orador ateniense, como un maestro que instruye el mundo, unas veces con un papiro ó libro en la mano, otras bendiciendo con tres dedos de la mano derecha levantados. Cuando adoptaron la religion los senadores y personas de fortuna, introdujeron los sarcófagos en las catacumbas, teniéndose por el mas antiguo el de la villa Pamphilli; es de arquitectura corintia y representa pórticos bajo los cuales están quince personas alrededor de Jesucristo, que hermoso de rostro, con cabellos separados y caidos, se sienta en una silla curul revestido de la toga: es apenas anterior en dos años á la muerte de Constantino.

En los siglos posteriores se pusieron en estos sarcófagos escenas del Evangelio, como la adoracion de los reyes, Cristo con los pequeñuelos; tambien se ven reminiscencias mitológicas y paganas; allí están Jonás y Noé como Jason y Deucalion, las ágapes como banquetes paganos; pero cuando la Iglesia acabó de esconderse, esplanó su genio progresivo y sustituyó la historia á la alegoría. El retrato del Salvador no es sino el tipo del judío oriental, rostro oblongo, ojos rasgados y á flor

de la cabeza, cráneo ovalado, labios un poco gruesos, circunstancias que desmienten y acusan de fábula la leyenda del rey Abgaro de Siria: la historia añadió á estos caracteres el traje, la edad y la espresion de aquella bondad que no tuvo ni tendrá semejante, de aquella mansedumbre llena de dignidad, de aquella calma que le hace llorar sobre el sepulcro de un amigo, y por los peligros de la patria. Así se formaron los primeros simulacros que sirvieron de modelo á los demas, y por eso tienen todos la misma semejanza sin que sean una copia real de la naturaleza. Igualmente parece fabuloso que S. Lúcas, que ni fué pintor, ni escultor, ni se convirtió hasta cincuenta años despues de nuestra éra, retratase á la Vírgen.

Hasta el siglo III no se representó á Jesucristo en la cruz, y es con la mitra pontifical ó la diadema real; despues se le representó como el hombre de los dolores, si bien con los piés separados, censurándose los herejes porque le ponian uno sobre otro; ni se le pintó con la corona de espinas ni con la lanzada, aunque algunos tenian la inscripcion INRI. En el siglo VII ya se pusieron las escenas de la pasion entre las Marías con el sol y la luna á cada lado, aunque cubierto con una larga vestidura, que poco á poco se le fué acortando. Si bien Gregorio de Tours dice, que en el VI siglo se le representó desnudo en la catedral de Narbona, y que su obispo le mandó cubrir. En el

V siglo se introdujo la figura del niño Dios en los brazos de su madre, cuando los herejes impugnaron la maternidad divina, y entonces tambien se añadió al *Ave María* la segunda parte como protesta contra el error.

Los ángeles, querubines y serafines, se representaban con facciones juveniles, llenas de devocion, con alas ya en la cabeza, ya en los piés, ya sirviéndoles de brazos, pero cubiertos con una larga túnica, mirándose mas como obras de la devocion que del arte; tambien se ven querubines con cuatro alas, ó bien cabezas solas con cuatro manos, los ángeles llevan muchas veces la varilla como mensajeros de Dios: lo que dejamos dicho de los retratos de la Vírgen y de Jesucristo, puede entenderse de los apóstoles; se les representa descalzos ó con unas ligeras sandalias, á S. Pedro con las llaves, y á S. Pablo con la espada, sin que el estar generalmente este apóstol á la derecha aun en las bulas pontificias, indique preeminencia. Los evangelistas, desde el principio, se simbolizaron en los cuatro animales sosteniendo un libro, y la aureola que ponemos alrededor de la cabeza de los santos, proviene del uso de colocar una especie de mano detrás del retrato de una persona ilustre aun viva.

CAPITULO VII.

PAZ, GERARQUÍA Y ORGANIZACION DE LA IGLESIA.

La esposa de Jesucristo, enrojecidas sus blancas vestiduras con la sangre de sus hijos, atravesaba por las encrespadas olas de la persecucion, y entre el huracan de la impiedad caminaba victoriosa triunfando como empavesada nave de los vientos de la tribulacion y del furor de las pasiones para establecer su trono eterno, rejuveneciéndose en los tormentos y saliendo de entre las llamas más hermosa, más enérgica, más fuerte, más dispuesta á combatir, y allí donde los tiranos y la impiedad pensaron aniquilarla, allí la dieron nueva y mas enérgica vida; así el fénix renace de sus propias cenizas, y su cántico de muerte es el grito de su victoria. Tantos años de persecuciones